

Sal y Luz

Domingo XXIX Tiempo Ordinario (A)- 18 de Oct. de 2020

Nº48 Parroquia San Carlos Borromeo

En la imagen de Dios se busca la verdad, no la vanidad. Reesculpamos mediante el amor a la verdad la imagen según la cual fuimos creados, y devolvamos a nuestro César su propia imagen. Esto habéis escuchado en la respuesta del Señor a los judíos que le tentaban: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo, es decir, la imagen y su inscripción. Mostradme lo que tributáis, lo que preparáis, lo que se os exige; enseñádmelo. Le presentaron un denario, y preguntó de quién era la imagen y la inscripción. Le respondieron: Del César⁵⁷. También este César busca su imagen. El César no quiere que perezca lo que él ordenó y Dios no quiere que perezca lo que él hizo. El César, hermanos míos, no fabricó la moneda, la fabrican los que la acuñan; se ordena a los artesanos que la fabriquen; la mandó fabricar a sus funcionarios. La imagen estaba grabada en la moneda; en la moneda se halla la imagen del César. Con todo, se busca lo que otros imprimieron: uno atesora monedas, otro no quiere quedarse sin ellas. Moneda de Cristo es el hombre. En él está la imagen de Cristo, en él el nombre de Cristo, el don de Cristo y los deberes impuestos por Cristo. (San Agustín, Sermón 90)



*Pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.
(Mt 22, 15-21)*

COMENTARIO

Primera lectura: Is 45, 1.4-6: *Yo soy el Señor y no hay otro.*

Salmo Resp. 95: *Aclamad la Gloria y el poder del Señor*

Segunda lectura: 1 Tes 1, 1-5b: *Sabemos, hermanos amados de Dios, que Él os ha elegido.*

Evangelio: Mt 22, 15-21: *Pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.*

¡RECUERDA! FUISTE CREADO A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

En este domingo XXIX del tiempo ordinario en el que celebramos el día del Domund, el evangelio nos presenta una de las sentencias más famosas de Jesús y que más presentes han estado en la historia de la interpretación: la cuestión sobre el tributo del César. De este dicho de Jesús dijo el historiador L. von Ranke: “De todos los dichos maravillosos escuchados de Jesucristo, ninguno es tan importante, tan rico en consecuencias, como la instrucción de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”.

San Mateo tras la parábola de las bodas del hijo del Rey, termina con una clara alusión a los fariseos cuando dice “que entonces se marcharon y deliberaron como cogerle a Jesús en lagunas de sus palabras” (Mt 22, 15). No es la primera vez que el evangelista san Mateo nos advierte de este propósito hostil, puesto que ya recogió la misma observación cuando, muy al principio de su vida pública, Jesús curó en la sinagoga de Cafarnaún a un hombre que tenía la mano atrofiada (Mt 12, 14). Entonces, como ahora, y probablemente en otras ocasiones que no cita el Evangelio, los adversarios de Jesús se reunieron para trazar una estrategia de ataque sobre quién, cómo, y qué se había de preguntar para tenderle a Jesús una trampa y cazarle en una disputa. El verbo propio es “cazar”, puesto que tanto Marcos, que dice *agreusin*, como san Mateo, que dice *pagideusin*, emplean dos expresiones cinegéticas, aplicables tanto a la caza como a la pesca cuando se hacen con la *pagis*, es decir, con la red.

La pregunta acerca del tributo al César nos llega a través de los tres evangelios sinópticos, siendo la más primitiva la de Marcos, de la que se sirve Mateo para su relato. A pesar de algunas modificaciones formales, el puesto que esta narración ocupa en los sinópticos es siempre el mismo: Jesús ya ha subido a Jerusalén y se enfrenta ahora a la recta final de su ministerio público anterior a los

acontecimientos pascuales. Pero Jerusalén ya no es un espacio en el que Jesús pueda moverse sin dificultad. Mucho tiempo ha pasado desde que sus primeros detractores se hubieron decidido a eliminarle (cf. Mc 3, 6). Al contrario, la ciudad se convierte en una zona de alta tensión. Todos buscan poner a Jesús en entredicho.

En este sentido, es significativo que todos los grupos representativos de la sociedad judía –fariseos y herodianos (cf. Mt 22, 15), saduceos (Mt 22, 23), escribas (Mc 12, 28.35; Mt 23)- aparezcan en el relato evangélico en torno a este momento. Además de reflejar la situación histórica, los evangelistas querrían dejar claro que ninguno de estos grupos ha estado en condiciones de demostrar que Jesús hubiera cometido culpa o incorrección alguna y que, por tanto, fue condenado siendo inocente.

1.- El planteamiento de la cuestión (v. 15-17)

Aparecen en primer lugar en escena los fariseos. Su anterior tentativa de dejar a Jesús sin argumentos ha acabado en un rotundo fracaso (cf. Mt 21, 23s.) y han tenido que escuchar la terrible parábola de los viñadores homicidas, en la que, junto a los saduceos, comprenden que son ellos de quienes se dice: *Se os quitará el Reino de Dios* (Mt 21, 43). El v. 15 dice que entonces se retiraron, aunque no por mucho tiempo. Sólo el suficiente para poder preparar una ofensiva mejor. Finalmente, son enviados algunos de sus discípulos, seguramente menos conocidos, para no despertar en Jesús sospecha alguna. Es probable, además, que el envío proviniera de la autoridad del Sanedrín, por la forma impersonal del plural “enviaron” (*gr. apostellousin*). Pero en esta ocasión no van solos; llevan la compañía de los herodianos, término que en el NT parece designar a los esenios, grupo religioso de la sociedad judía de la época de Jesús, que pretendía llevar una vida en cierto modo monástica, practicando un ascetismo rígido y dedicándose a la contemplación, para practicar el judaísmo y llevar una vida de acuerdo con la voluntad de Dios, expresada en la Ley; frente a la intransigencia de otros grupos, su talante era más bien colaboracionista respecto al tetrarca Herodes Antipas, que perseguía la recomposición de un estado unitario como el de Herodes el Grande y que, por necesidad, practicaba una política filorromana. Era conocida la hostilidad que Jesús significaba para todos los grupos dentro de la sociedad judía. Pero, si, en este caso, fariseos y herodianos van a proceder juntos, es que, además de tener un objetivo común, podían sacar partido mutuamente para sus intereses. Los fariseos pensaban, que, si su plan tenía éxito, la autoridad política estaría presente y Jesús podría ser entregado a ella; por otra parte, los herodianos pretendían

ganarse, al menos, una mínima simpatía por parte de los fariseos, sin los que no podrían gobernar en el futuro.

La forma de abordar a Jesús llama también la atención: se dirigen a Él con el término “maestro” (*gr. didáskale*) y le hacen, a continuación, la mayor de las alabanzas que se puede hacer de un maestro: que es veraz, es decir, fiel a la ley y libre respecto a las personas. Este juicio, ciertamente, lo podrían haber basado en su propia experiencia, ya que Jesús nunca se había dejado apartar del camino de su Padre, a pesar de estar siempre amenazado por el poder de las autoridades judías, las opiniones del pueblo y de los diferentes grupos judíos y los intereses del poder ocupante romano. Se trata, sin ningún género de duda, de una *captatio benevolentiae*, con la que se quiere hacer creer que Él es la persona más adecuada para responder a un caso así, pero cuyo objetivo es justo el contrario: hacer incapaz a Jesús de una respuesta franca.

Recordemos por un momento el sistema fiscal romano entonces vigente. En dicho sistema existían diversos tributos por razones muy diferentes. Ante todo, el *tributo religioso* al templo, que se pagaba en moneda judía, en siclos, y del que no se trata en este pasaje.

Había, por otra parte, un tributo de aduana, llamado *telos*, como aquel que recogía el publicano Mateo en la aduana de Cafarnaún. Y tampoco se trata de éste en este caso. La tercera y más discutida clase de estos tributos era la de los impuestos personales, que se llamaban en las tres lenguas, griega, latina y hebrea, *censo*, y que todos consideraban como un signo de sujeción a un poder extranjero.

La pregunta que le van a formular no tenía carácter de solución práctica, sino de doctrina y teoría. Para un judío ordinario, la cuestión no era tanto pagar o no pagar el tributo, ya que eso era obligatorio, y lo hacían todos, excepto en algún momento ocasional de revuelta. La pregunta versaba sobre la licitud, es decir si estaba permitido o no a un judío piadoso pagar dicho tributo.

Y entonces le formulan la cuestión sobre el impuesto, que se adecua perfectamente a sus pretensiones: *¿es lícito pagar tributo al César o no?* (Mt 22, 17). Se pretende obtener una respuesta unívoca de Jesús, lo cual, le traería problemas en cualquier caso. Una afirmación lisa y llana trascendería a una problemática teológica, puesto que hubiera desacreditado las aspiraciones nacionales y las esperanzas mesiánicas del pueblo. En efecto, una gran parte del pueblo judío, desde hacía tiempo bajo el dominio de distintas potencias extranjeras, esperaba la llegada de un liberador, que acabara con el sometimiento

romano y llenara a la nación del esplendor, también político, que le correspondería, según su interpretación de las promesas de Dios. Por tanto, un “sí” de Jesús se entendería como una sumisión total a la autoridad dominante, molestaría y decepcionaría profundamente al pueblo judío, cuya adhesión a Jesús se haría todavía más difícil. Una negación, por el contrario, le convertiría en un revolucionario, al estilo de los celotas, fracción del grupo de los fariseos con sus mismas ideas religiosas, pero que pretendía lograr la independencia respecto al poder invasor por medio de las armas y la violencia y que luchaban, en cuanto podían, abiertamente con los ocupantes romanos y sus colaboradores. Pero cualquier tipo de identificación de Jesús con esta revolución no significaría para Jesús otra cosa, sino consecuencias muy negativas: los castigos que esperaban a los que no aceptaban la situación política de Palestina.

2.- La respuesta de Jesús (v. 18-21)

a) Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios

Jesús capta inmediatamente la hipocresía de quienes preguntan. La autoridad que con tanta solemnidad han ensalzado, había sido discutida tras la purificación del templo (cf. Mt 21, 23). Además, su pregunta trata de ser una revancha a la hecha en aquella ocasión por Jesús sobre el origen del bautismo de Juan. Allí, los fariseos debían optar en su respuesta, bien por agradar al pueblo, bien por reconocer su poca disposición para la penitencia. Al final, debieron escabullirse con un “*no sabemos*” (Mt 21, 27), que debió saberles bastante amargo. Jesús se da cuenta de que intentan emplear la misma táctica: su respuesta habrá de optar entre el favor del pueblo judío y el favor del ocupante romano. En este caso, tampoco el “no sé” sería propio de Jesús. A pesar conocer su mala intención, Jesús acepta el desafío, como un día habrá de aceptar la insidia suprema de la cruz. Y su respuesta será tal, que se comportará como sus adversarios habían descrito, con la libertad propia del Hijo de Dios, y sorprendiendo una vez más con su acierto y perspicacia a sus cortas expectativas.

En primer lugar, pide que le muestren la moneda del tributo, preparándose la respuesta con una demostración, como era costumbre en la conversación didáctica judía. El denario, que tenía el valor del salario de un día (cf. Mt 20, 2), era la moneda del tributo prescrita para la totalidad del imperio. Los denarios eran de plata, pesaban cuatro o cinco gramos y tenían por el anverso la imagen del emperador reinante, que en aquella época era Tiberio, aunque estaban en circulación denarios de otros emperadores precedentes. En el reverso llevaba

grabada esta inscripción: “Tiberius Caesar Divi Augusti Filius Augustus”. Llama la atención el hecho de que los mismos que le han preguntado con tanto interés por la licitud del impuesto lleven en sus bolsillos monedas de ese tipo, señal de que su fin más próximo no era resolver esa cuestión. Incluso el uso de la moneda romana equivalía a aceptar en cierto grado la dominación imperial.

Con la moneda en la mano, Jesús comienza su instrucción. Les invita a fijarse en la “imagen” (*gr. eikon*) y en la “inscripción” (*gr. epigraphe*) de la moneda. Naturalmente, no pueden responder sino que ambas corresponden al César. Y Jesús da la célebre respuesta: *Pues lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios* (Mt 22, 21). “¡Respuesta que sabe a milagro –exclama San Hilario- perfecta fórmula de una sentencia celeste!” Jesús, tomando pie en la provocación de sus oponentes, basa la respuesta, sin embargo, en la relación que existe entre Dios y el César y les da a entender, que uno y otro no están en el mismo nivel. Sin separarlos ni oponerlos, los distingue con claridad. Es normal que el César ponga su imagen y su nombre en su denario. Él hace circular ese denario por el imperio y hace de ello la base del orden económico, y desde él, de los órdenes político y militar. El emperador es tenido en su territorio como un dios al que hay que rendir culto, honores y deberes, y entre éstos, el de devolverle una parte del denario recibido del César. No se hace con ello sino restituirle una parte de lo que él anteriormente había dado. Por otra parte, el poder del César alcanza hasta allí donde llega su moneda. Es un poder limitado. Esto no quita para que en más de una ocasión aconseje san Pablo dar a cada uno lo que le corresponde: si tributo, tributo, si honor, honor (cf. Rom 13, 7), incluso si se refiere a los poderes perseguidores. Pero con Dios no puede existir, en realidad, verdadera confrontación.

b) La imagen de Dios grabada en el hombre

Sirva esto de introducción para comprender que por un lado la malicia de la pregunta estaba en que obliga a Jesús a tomar partido en una cuestión que dividía los espíritus. Y, por otro, la respuesta de Jesús, que se sitúa en un plano más profundo, mostrando un conocimiento de las Escrituras, una finura de pensamiento nada común: el denario del tributo pertenece al César porque lleva la imagen del César, pero el hombre pertenece a Dios porque lleva en sí la imagen de Dios (Gn 1, 26-27). Claro que Jesús no lo dice así, sino en forma de alusión velada, que hay que saber leer entre líneas.. Pero sus adversarios “se admiraron” por su respuesta, lo que significa que la comprendieron. Y eso supone por su parte

un conocimiento de las Escrituras capaz de captar incluso alusiones veladas como la que hace aquí Jesús.

La primera lectura del profeta Isaías lo deja claro: *Yo soy el Señor y no hay otro* (Is 45, 6). El Señor es Soberano, *sobre todos los dioses* (falsos) (Sal 95, 3-4), como lo son todos los Césares de la tierra de todas las épocas; soberano del cielo y de la tierra y de todo cuanto hay en ellos. Y, sobre todo, es el Soberano, Señor y Padre de los hombres, sus criaturas predilectas, a las que ha creado *a su imagen, como semejanza suya* (cf. Gn 1, 26-27), ha plasmado con sus manos -su Verbo y su Sabiduría- y ha insuflado el soplo divino en su nariz (cf. Gn 2, 7), dándole la existencia y destinándole a la vida eterna.

Sobre la frente de los hombres ha escrito con su Dedo, es decir, el Espíritu Santo, su Nombre divino (cf. Ez 9, 4.6), a imagen de como ha marcado a su Hijo con su sello (cf. Jn 6, 27). Nuestro ser no lleva impresa la imagen del César, sino la de Cristo, muerto y resucitado. Ésta es la inscripción de Dios, el signo escrito del Nombre que ha de ser invocado por todos los marcados (cf. Ap 3, 12). Por eso, el Señor no puede renunciar a nada de cuanto creó y de cuanto le pertenece. Suyo es también el César, su imperio, su potencia, su dinero, su imagen, su inscripción y su tributo. Todo esto ha de ser restituido a Dios, porque todo es de Dios, sin que se pueda hacer separación alguna de la cualquier mínima parte de la realidad que ha salido de Él en esferas autónomas. A Dios le corresponde todo, porque el hombre no ha sido creado a imagen del César, sino de Dios. Y si a Dios le corresponde todo y el hombre ha sido creado a imagen de Cristo, su Hijo, es de notar que el hombre habrá de aprender a ser hijo; su vida habrá de consistir en llevar a plenitud lo que germinalmente ya le ha sido entregado: su llamada a la filiación divina, y acrecentar las virtudes que lo hacen posible: la fe, la esperanza y el amor.

Como dice san Pablo a los Tesalonicenses, *él os ha elegido...y cuando se proclamó el evangelio entre vosotros no hubo sólo palabras, sino además fuerza del Espíritu Santo* (1 Ts 1, 4-5). Por el hecho de haber revelado al hombre que ha sido creado para un mundo superior, para una tierra *donde habita la Justicia* (2 Pe 3, 13), Jesús ha puesto un principio de libertad espiritual en cada hombre, que es fruto de una exigencia interior más fuerte que todos los tiranos. Por el hecho de haber declarado: *Mi reino no es de este mundo* (Jn 18, 36), Él ha juzgado y determinado el carácter relativo de todos los reinos de la tierra. Y a aquellos que se dejan embaucar por cosas terrenas, el Apóstol les exhortará con urgencia: *¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os ha fascinado así? Habéis sido llamados a la libertad:*

no os dejéis sujetar de nuevo al yugo de la servidumbre! (Gal 3; 5,1). Jesús deja espacio, lugar para el César, pero pide también: lo que es de Dios, devolvédsele a Dios (cf. Mt 22, 21). Con esto no quiere sino que se dé *testimonio de la verdad* (Jn 18, 37). No mucho más adelante tendrá oportunidad de mostrar, con palabras –el Mandamiento Nuevo (cf. Mt 22, 34)- y hechos –el Misterio Pascual (cf. Mt 26-28)-, cómo se consuma este testimonio y cómo se restituye de modo perfecto lo antes recibido del Padre, a la vez que nos expresa el verdadero sentido de la autoridad.

Los reyes de este mundo pueden aparecer como poderes sagrados, que se arrojan atributos divinos. Jesús corta de raíz esta sacralidad, poniendo de manifiesto que los señores de la tierra tienen, como mucho, un encargo temporal de parte de Dios. Incluso el mismo Jesús reconocerá el poder de Pilato para crucificarle, pero sólo como dado de lo Alto: así responde, lo que Pilato ni se imagina, a la voluntad del Padre. Esta fidelidad a Dios por encima de cualquier pretensión humana conllevará, como consecuencia, para Él mismo y para muchos cristianos después, el derramamiento de su sangre. Cuando la Iglesia combate por Dios, no puede evitar todas las emboscadas del mundo; pero las “cosas de Dios” no son tales que sean incapaces de cambiar las “cosas del mundo”. Por eso, contra la tentación de sucumbir ante la aparición de peligros y dificultades advertía San Juan Crisóstomo a sus fieles: *Cuando escucháis esta frase: “dad al César lo que es del César”, debéis entenderlo de aquellas cosas que no se oponen al servicio de Dios, ya que las que se opusieran a éste, no serían un tributo pagado al César, sino a Satán (In Matt. hom. 70).*

Esta vida de Dios impresa en el hombre por el Espíritu Santo a imagen de Cristo, que impulsa a dar la vida por Él, es anunciada y difundida por todo el mundo siguiendo el mandato del Señor (cf. Mt 28, 19), por todos los misioneros que, uniéndose a la obra salvadora de Dios, dan su vida por el Evangelio, *brillando como lumbreras del mundo, mostrando una razón para vivir* (Flp 2, 15-16).

* * * * *

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

San Agustín, *Sermón 90,10*

Reesculpamos mediante el amor a la verdad aquella imagen según la cual fuimos creados, y devolvamos a nuestro César su propia imagen. Esto habéis escuchado en la respuesta del Señor a los judíos que querían tentarle: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo, es decir, la imagen y la inscripción. Mostradme lo que tributáis, lo que preparáis, lo que se os exige; enseñádmelo. Le presentaron un denario, y preguntó de quién era la imagen y la inscripción. Le respondieron: Del César (Mt 22, 18-21). También este César busca su imagen. El César no quiere que perezca lo que él ordenó y Dios no quiere que perezca lo que él hizo. El César, hermanos míos, no hizo la moneda; la hacen sus acuñadores; ordena a los artífices que la hagan; lo mandó a sus ministros. La imagen está grabada en la moneda; en ella se halla la imagen del César. Con todo, busca lo que otros imprimieron: atesora, no quiere negarse a sí mismo. La moneda de Cristo es el hombre. En él está la imagen de Cristo, en él el nombre de Cristo, la función de Cristo y los deberes de Cristo.

Epístola a Diogneto, V

En efecto, los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por la nación ni por la lengua ni por el vestido. En ningún sitio habitan ciudades propias, ni se sirven de un idioma diferente ni adoptan un género peculiar de vida. Su enseñanza no ha sido descubierta por la reflexión y el desvelo de hombres curiosos; no defienden una enseñanza humana como hacen algunos. Habitan ciudades griegas y bárbaras según le correspondió a cada uno; y, aunque siguen los hábitos de cada región en el vestido, la comida y demás género de vida, manifiestan –y así es reconocido- la admirable y singular condición de su ciudadanía. Todos ellos viven en sus respectivas patrias, pero como forasteros; participan en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros. Toda tierra extraña es su patria; y toda patria les resulta extraña. Se casan como todos y tienen hijos, pero no los abandonan. Comparten la mesa, pero no la cama. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan la vida en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, pero superan las leyes con su particular manera de vivir. Aman a todos, pero son perseguidos por todos. Son desconocidos, pero son condenados. Se les mata, pero son vivificados. Son pobres, pero enriquecen a muchos; les falta de todo, pero están sobrados de

todo. Son despreciados, pero en esos desprecios son glorificados; se habla mal de ellos, pero son justificados. Se les injuria, pero ellos bendicen; son afrentados, pero ellos honran. Aunque hacen el bien, son castigados como malhechores. Aunque son castigados, se alegran como si estuviesen siendo vivificados. Como si fueran extranjeros son combatidos por los judíos y perseguidos por los griegos. Y quienes los odian no saben explicar el motivo de su enemistad.

San Lorenzo de Brindis, Homilía 1 en el domingo 22 después de Pentecostés
2.3.4.6: *Opera omnia*, t. 8, 335-336. 339-340. 346

Tú, cristiano, eres la moneda del impuesto

En el evangelio de hoy se plantean dos interrogantes: uno el que los fariseos plantean a Cristo; otro, el que Cristo plantea a los fariseos; aquél es totalmente terreno, éste, enteramente celestial y divino; aquél es producto de una supina ignorancia y de una refinadísima malicia; éste, de la suprema sabiduría y de la suma bondad.

¿De quién son esta cara y esta inscripción? Le respondieron: Del César. Pues pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios: hay que dar -dice- a cada uno lo suyo. Sentencia llena realmente de celestial sabiduría y doctrina. Enseña, en efecto, que existe una doble esfera de poder: una, terrena, y humana; otra, celestial y divina. Enseña que se nos exige. una doble obediencia, que hemos de observar tanto las leyes humanas como las divinas, y que hemos de pagar un doble impuesto: uno al César y otro a Dios. Al César el denario, que lleva grabada la cara y la inscripción del César; a Dios lo que lleva impresa la imagen y la semejanza divina: La luz de tu rostro está impresa en nosotros. (Vg).

Hemos sido hechos a imagen y semejanza de Dios. Tú, cristiano, eres ciertamente un hombre: luego eres la moneda del impuesto divino, eres el denario en el que va grabada la efigie y la inscripción del divino emperador. Por eso te pregunto yo con Cristo: ¿De quién son esta cara y, esta inscripción? Me respondes: De Dios. Te replico: ¿Por qué, pues, no le devuelves, a Dios lo que es suyo?

Pero si realmente queremos ser imagen de Dios, es necesario que seamos semejantes a Cristo. Él es, en efecto, la imagen de la bondad de Dios, e impronta de su ser; y Dios a los que había escogido, los predestinó a ser imagen de su Hijo. Por su parte, Cristo pagó realmente al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, observando a la perfección las dos losas de la ley divina, rebajándose hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz, y estuvo perfectísimamente dotado de todas las virtudes tanto internas como externas.

Brilla hoy en Cristo una suma prudencia, con la cual sorteó los lazos de los

enemigos, dándoles una prudentísima y sapientísima respuesta; brilla asimismo la justicia, con la cual nos enseña a dar a cada uno lo suyo. Por esta razón, él mismo quiso pagar también el impuesto, dando por él y por Pedro un didracma; brilla la fortaleza del alma, con la cual enseñó libremente la verdad, es decir, que debía pagarse al César el impuesto, sin temer a los judíos que se sentían vejados por esto. Éste es el camino de Dios que Cristo enseña conforme a la verdad.

Así pues, el que en la vida, en las costumbres y las virtudes se asemeja y conforma a Cristo, ése representa de verdad la imagen de Dios; la restauración de esta divina imagen consiste en una perfecta justicia: Pagad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. A cada cual lo suyo.

* * * * *

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

A ti, mi buen amigo, ¡gracia y paz!. Siempre doy gracias a Dios por tu vida y te tengo presente en mis oraciones.

Si te has acercado a las lecturas de este domingo habrás podido comprobar como el Evangelio de hoy termina con una de aquellas frases lapidarias de Jesús, que han dejado una señal profunda en la historia:

Pues pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Pero ¿qué es lo que ha provocado esta declaración? Un día dos grupos políticos en lucha entre sí, pero unidos contra Jesús, los fariseos y los herodianos, envían una especie de delegación a preguntarle a Cristo: *¿Es lícito pagar impuesto al César o no?* El Evangelio apostilla que querían atraparle en un renuncio y Jesús, que lo ha entendido, responde: *Hipócritas, ¿por qué me tentáis?*

Al responder Jesús con la frase que ha dejado una huella imborrable, se revelan dos tipos cualitativamente distintos de soberanía de Dios en el mundo: **la soberanía espiritual, que constituye el reino de Dios y que él ejerce directamente en Cristo, y la soberanía temporal o política, que Dios ejerce indirectamente, confiándola a la libre elección de las personas y al juego de las causas segundas.**

César y Dios no están puestos, sin embargo en un mismo plano, porque también el César depende de Dios y debe rendirle cuentas a él. En la Escritura se lee esta advertencia a los soberanos y a los reyes, que naturalmente vale también para los hombres políticos de hoy: *Escuchad, reyes, y entended... recibisteis el poder del Señor y la soberanía del Altísimo; él investigará vuestras acciones y examinará vuestros proyectos... pues un juicio implacable aguarda a los grandes* (Sabiduría 6, 1 ss.).

Dad al César lo que es del César, por lo tanto, significa: *Dad al César aquello que Dios mismo quiere que le sea dado al César*. El cristiano es libre de obedecer al estado; pero, asimismo, de resistir al estado cuando éste se opone contra Dios y su ley. Como bien dijeron los Apóstoles un día: *antes que a los hombres, en efecto, es necesario obedecer a Dios y a la propia conciencia*. No se le puede dar al César el alma, que es de Dios.

Sí, ya se que muchos aprovechan este Evangelio para hablar de los políticos. Para arremeter o justificar diversas acciones. Pero la grandeza de un hombre político se mide, sobre todo, por su capacidad de hacer pasar los propios intereses privados respecto al bien público a un segundo orden (se llaman “políticos”,

porque están al servicio de la polis, del estado, no de su familia y ni siquiera del partido). Mi buen amigo ¿sabes lo que pienso? Que no pedimos bastante por nuestros hombres de gobierno. Nos limitamos a criticarles y esto no cambia nada. Escribía san Pablo a su discípulo Timoteo: *Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad* (I Timoteo 2, 1-2).

¡Que tarde es! Tengo que ir a ver a los ancianos, que nos recuerdan:

“como te veo, me he visto, como me ves, te verás”... dichos de ayer y hoy...

Recibe un abrazo muy fuerte de tu amigo

Doroteo